

Carlota de Benito
Moreno

El ingenio de tejer palabras



El ingenio de tejer palabras



CARLOTA DE BENITO MORENO

Gramática, neurociencia y diversidad cultural

¿Qué historia hay detrás de *haiga*, *sabo* y otras formas irregulares?
¿Qué se conecta en nuestro cerebro cuando conjugamos verbos?
¿Qué error comete Ana Torroja al cantar “La fuerza del destino”?
¿Y tan mal está decir *habrán crisis*?

Este libro no es un manual para empollones ni una recopilación de normas gramaticales.

Es una invitación a reconciliarte con la gramática que un día odiaste.

Con humor, con historias y con algunas sorpresas, la lingüista Carlota de Benito nos descubre que detrás de nuestra lengua hay una lógica.

«Porque la gramática es mucho más que reglas: es una ventana al cerebro humano.

Este libro transforma la percepción de la gramática como un tema árido para presentarnos una herramienta fascinante que nos permite entender cómo pensamos, razonamos y nos comunicamos».

Extractos del prólogo, por RUBÉN AMÓN



No suele ocurrir que un tratado sobre morfología verbal o sintaxis distributiva despierte entusiasmo más allá del aula. ***El ingenio de tejer palabras*** consigue lo inesperado: transforma el análisis lingüístico en un placer, en un sudoku, en una suerte de exploración antropológica que se percibe entre los pliegues del habla. Porque de eso trata este libro: de cómo hablamos sin saber por qué lo hacemos así. De cómo la lengua — esa telaraña silenciosa que une vivos y muertos — revela en cada verbo una manera de habitar el mundo.

(...) Carlota de Benito no enseña desde la tarima, por mucho que la haya frecuentado; enseña desde la mesa de al lado. Con ese tono de quien comparte algo íntimo, de quien sabe que **la lengua no se impone: se cuela. Se vive. Se saborea. Y, a veces, se nos atraganta.**

No es tarea fácil escribir sobre la lengua sin caer en el dogma o en la pedantería didáctica. Hacerlo con gracia, y lograr que el lector no solo no huya, sino que sonría, es poco menos que un prodigio. Pero este libro alcanza a lograrlo porque no sermonea. Porque no intenta corregir a nadie. Porque, **al contrario que quienes hacen de la lengua un campo de guerra, Carlota la convierte en un terreno de asombro y reconciliación.**

No impone su visión: la comparte. No ridiculiza al que dice “haiga”; lo escucha, lo estudia, lo devuelve al lector como una pieza fascinante de ese “lóbulo linguaraz” que todos llevamos dentro. El hallazgo no es solo lingüístico: es político. En tiempos donde la corrección es casi arma, **reivindicar lo no normativo es un gesto de resistencia.** Es decir que **la lengua no es patrimonio exclusivo de la RAE**, ni de los tertulianos — los conozco bien —, ni de los nostálgicos del subjuntivo. **Es del pueblo, de la gente.** Y la gente, el pueblo habla como quiere. A veces, con más coherencia de la que sus jueces creen.

El ingenio de tejer palabras es, también — y tal vez sobre todo — **una elegía al error.** A esa “equivocación” que no es más que semilla de cambio. Carlota recuerda que **la lengua no se equivoca: evoluciona.** Que **lo que hoy es deslíz, mañana será norma.** Que **la historia del idioma es la historia de sus desvíos**, como ocurre en la historia del arte. Un accidente abrió a Jackson Pollock el camino de la vanguardia.



Este libro no es un manual. Es un viaje. No es cartilla, sino expedición hacia el corazón del lenguaje. Carlota nos acompaña desde el «sepo» al «habemos», desde el «contestastes» de Mecano hasta las mutaciones fascinantes del judeoespañol. Y lo hace sin almidón, sin solemnidad, sin el tono distante del experto. Su erudición es horizontal: pisa el barro y sale limpia. Y lo más raro: lo hace con humor.

Porque **este libro también se ríe. No con ligereza banal, sino con esa risa que ilumina.** Hay **guiños, chispazos, momentos de ingenio** que el lector — avisado o no — agradecerá como quien se encuentra un billete de 20 euros en el bolsillo de un abrigo. No es común reírse leyendo sobre formas no personales del verbo. Y sin embargo, pasa. **Carlota tiene ese talento: ver la comicidad en una oración gramatical como otros la ven en un debate parlamentario.**

Y lo logra porque **no escribe «sobre» la lengua. Escribe desde dentro de ella.** Desde esa pasión que nace al entender por qué hay dos verbos para ser y ninguno para saber a qué sabe uno. Desde la perplejidad de ver que “sepo” es más lógico que «sé», aunque la norma lo haya exiliado. Desde la certeza de que decir «habemos» no es solo posible, sino necesario, si de verdad queremos incluirnos en lo existente.

Hay aquí una pedagogía sigilosa. Una pedagogía del oído. Porque **Carlota no solo enseña gramática: enseña a mirar, a escuchar. A descubrir rarezas, desvíos, formas que estaban, pero no veíamos.** A entender que **cada palabra arrastra una historia.** Que el español — como toda lengua viva — es archivo ambulante de choques, viajes, modas, tabúes y huidas. Que una abuela canaria puede estar más conectada al futuro del idioma que un editorial académico.

Tienen delante de ustedes un libro político. No partidista, sino político en el mejor sentido: en su capacidad de hacernos mirar distinto, de desestabilizar certezas, de defender lo marginal. Porque hablar — y escribir — también es tomar posición. Y Carlota lo hace: se ubica del lado de los hablantes. De todos. De los que dicen «ves» como imperativo de ir, de los que extraen «extraímos» como si sacaran agua de un pozo, de quienes perrean lento y «bailemos».

Y se agradece que la autora no se luzca por lucirse. Sabe mucho, pero no lo restriega. Sabe tanto que puede explicarlo con sencillez. Aquí **no hay jerga de más, ni tecnicismos para impresionar, ni ese tono rancio que suele entumecer los libros de lingüística.** Todo fluye con quien conoce las reglas y decide, a veces, torcerlas. Como una modista que domina el patrón pero borda a su manera. Así escribe Carlota: **con rigor y con arte. Con cabeza y con ritmo.**

Este libro no enseña gramática: nos abre los ojos a ella. Y una vez abierta, ya no se puede cerrar. (...) Porque **la lengua, cuando se deja ver, nos revela.** Nos dice quiénes somos. *El ingenio de tejer palabras* no pretende decir la última. **Es un libro que escucha. Que lanza preguntas, que invita al lector a dudar, a contradecir, a explorar su propia intuición lingüística. Que no impone, propone. Que no adoctrina, conversa.** (...) Carlota **no viene a dictarnos cómo hablar. Viene a mostrarnos cómo hablamos.** Y ese espejo, lejos de juzgar, nos revela. Nos devuelve la imagen de una lengua que vive, que muta, que falla y persiste. Una lengua que es nuestra, no porque la poseamos, sino porque nos posee. Porque nos habita como segunda piel, como cimiento invisible, como casa que nos nombra.



(...) Lean este libro para reconciliarse con la lengua. Para volver a enamorarse de ese idioma que heredamos y que — querámoslo o no — estamos reinventando día tras día. Porque aquí no hay solo palabras. Hay mirada. Hay ética. Hay amor. Y, sobre todo, hay una voz que late. Una voz que no corrige. Que no grita. Que no ordena. Una voz que, como la buena literatura, se inclina y susurra y late.

«Pretendo que este libro sea un triple viaje: primero, un viaje por el español y sus reglas; segundo, un viaje por ese «lóbulo lingüaraz» de nuestro cerebro, pues comparando distintas formas de decir lo mismo — es decir, distintas reglas del español de distintos sitios — podemos entender los mecanismos mentales necesarios para llegar de una forma a la otra, y, tercero, un viaje por los territorios en que se habla español de distintas formas.

Me centraré sobre todo en el español de España, que es el que conozco mejor, pero a veces cruzaremos el Atlántico para llegar a América. Como es un libro de viajes, al final del todo encontrará una pequeña guía dialectal de España, que podrá consultar antes de viajar por nuestro país. El viaje no será en avión, sino en ejemplos, muchos ejemplos. Pronto descubrirá que los lingüistas navegamos entre ejemplos, que a veces recreamos y a veces extraemos de compilaciones de textos, que llamamos corpus, o incluso de atlas lingüísticos, que fueron creados con paciencia preguntando a lugareños por su forma de hablar.

Ojalá le gusten, lector desconocido, estos tres viajes y ojalá le despierten la misma fascinación que a mí. Aunque, se lo advierto, no es un viaje sin riesgos: si le gusta, no podrá evitar analizar cómo hablan las personas de su alrededor. ¡Es adictivo!»

Carlota de Benito Moreno

Un viaje por el español en el tiempo y el espacio
Explora la diversidad del español: cómo cambia según la época, el lugar o el grupo social. Desde el voseo rioplatense hasta las jergas juveniles, el libro muestra que cada elección lingüística es un reflejo de nuestras culturas y realidades.

TÚ CONTESTASTES QUE NO

Pocos grupos musicales españoles tan icónicos como Mecano. Poner una de sus canciones es garantía de éxito en cualquier fiesta, pues será fácil que los asistentes la canten a coro. La cara oculta del anuncio de Signal, digo, del éxito es que cada pequeño detalle sea examinado por el gran público, que le ha dado mucha caña a Mecano por su canción «La fuerza del destino». El pasaje problemático es el siguiente:

*Y nos metimos en el coche
Mi amigo, tu amiga, tú y yo
Te dije nena dame un beso
Tú **contestastes** que no*



Es el **contestastes** lo que les ha dado dolor de cabeza. De hecho, Ana Torroja sacó una versión revisada, en la que canta *contestaste*. Eso seguramente satisfizo a algunos puristas, claro, pero a nosotros lo que nos importa es de dónde sale esa -s. Y la respuesta vuelve a ser la analogía, que en este caso ni siquiera sale del mismo tiempo verbal. Las formas estándar de la segunda persona del singular del pretérito perfecto simple acaban en -e (*contestaste, bebiste, saliste*), pero es frecuentísimo escucharlas acabadas en -s: *contestastes, bebistes, salistes*.

Lo de Mecano no es un desliz, sino un uso común del español. ¿Por qué? Pues porque todas las demás formas verbales de segunda persona del singular del español, a excepción del imperativo, acaban en -s: *tú contestas / tú contestabas / tú contestarás / tú contestarías / tú contestaste / tú contestaras / tú contestases / tú contestes / contesta tú*. Por lo tanto, las formas como *contestaste, bebiste o saliste* son bastante llamativas dentro del sistema y no es de sorprender que muchos hablantes las regularicen, aplicando una simple regla analógica: las formas de segunda persona del singular en español acaban en -s. Esta analogía no es tampoco exclusiva de un área concreta, sino que se documenta en prácticamente todo el territorio español.

PITBULL Y LA CONCORDANCIA SEMÁNTICA

El reguetón es una fuente inagotable de curiosidades lingüísticas. Distintos dialectos del español, mezcla con el inglés... Sostengo que se podría enseñar toda la carrera de Filología Hispánica usando exclusivamente canciones de reguetón. En la pegadiza canción de Pitbull, «*Sube las manos p'arriba, también p'abajo, también pa un lado, p'al otro lado...*» (¡páreme, que me pierdo!), hay una estrofa lingüísticamente maravillosa (el contenido ya tal):

*Estos artistas no son hombres
todavía hacen pipí en la cama
lo que son es actores
porque le encantan el drama.*

La clave está en el último verso. Hagamos un análisis sintáctico rápido de una oración similar: Me encanta el drama. ¿Cuál es el sujeto? Muchos se van rápidamente a por la única persona aparece en la oración, pero no puede ser: *me* no puede ser un sujeto. El pronombre de primera persona

singular que puede ser un sujeto es *yo*, pero no *me*. Nos queda solo una opción: *el drama*. Hacemos la prueba de la concordancia:

Me encantan los dramas. Efectivamente, al pasar el sujeto al plural, el verbo cambia con él. ¡Bingo! *El drama* es el sujeto, mientras que *me* es un complemento indirecto. Vamos a probar a hacer lo mismo con la oración tal y como aparece en la canción de Pitbull: *Le encantan el drama*. El verbo está en plural, pero... ¿no hay ningún otro sintagma en plural? Bueno, de hecho, sí, aunque no lo parezca. Ese *le* se refiere a artistas, como podemos deducir al leer toda la estrofa.

A pesar de eso, en vez de usar un pronombre plural, es decir, *les*, el cantante ha usado el singular. Esto es frequentísimo y lo leemos y, sobre todo, escuchamos todo el rato. Ya Julio Casares, hace más de un siglo, criticaba el uso de *le* por *les* en una columna periodística más tarde recogida en su libro *Crítica efímera. (Divertimentos filológicos)*. El párrafo es maravilloso, porque viene de responder a quien le ha afeado no haber criticado lo suficiente este uso en un artículo anterior:

“Puestas así las cosas en su lugar, diré que, además, el mal uso de «le» por «les», con ser manifiesta y reprehensible incorrección, no es de las que mayormente me ofenden; pues, a cambio de mostrarme desabrido con los barbarismos innecesarios, perturbadores y malsonantes, y con las seudoclásicas y pedantescas inversiones de sintaxis, tengo muy buenas absolvederas para todas las faltas producidas por influjo de la lengua hablada”.

Es decir, considera que esta «incorrección» es una infiltración en la escritura de la lengua hablada, lo que la hace menos terrible que otras, supongo que precisamente por no venir de la pedantería. En cualquier caso, esta congelación del pronombre en singular va un poco en contra de las tendencias que hasta ahora mostraba la concordancia, pues no resulta más transparente, sino menos, porque el singular parece despistar un poco. Lo bonito del ejemplo de Pitbull es que se produce una compensación: ya que se pierde esa marca semántica (el plural) en el complemento indirecto, se añade al verbo.

Sintácticamente esto nos crea un desaguisado, pero semánticamente no es tan sorprendente. De hecho, ya mencionamos antes que, en el análisis sintáctico de verbos como *gustar* o *encantar*, muchas personas creen que el complemento indirecto es el sujeto. Esto se debe a que, cuando en una oración hay un participante humano y otro no humano, lo normal es que el sujeto sea el humano, pero estos verbos van justo al revés. Que la concordancia del verbo venga determinada por el participante humano arregla esa situación, aunque, como decía, nos cree una paradoja sintáctica.

(...) El cerebro siempre le da más importancia al significado que a la forma (es decir, a la sintaxis): si en un momento dado se pierde en la estructura gramatical, recurre a la semántica, que le permite no perder el hilo de la historia, aunque se haya perdido el del análisis sintáctico. Es una especie de anulación de eso que estamos llamando el «lóbulo lingüaraz», a favor de la comprensión basada en indicios no lingüísticos.



CAFELITO CON LECHE EN LOS MADRILES

¿Se ha preguntado alguna vez por qué el plural de *Madrid* es *Madriles*? Quizá la primera respuesta que le viene a la cabeza es que a santo de qué hace falta un plural de *Madrid*. Una respuesta posible es «porque hay más de uno»: solo en España hay tres, otros tres en Colombia, México y Filipinas (uno en cada país), nueve en Estados Unidos y hubo otro en Uzbekistán (cosas veredes). Pero en realidad me parece a mí que es más frecuente usar *Madriles* como equivalente del singular, es decir, para referirse a una sola ciudad, en un uso que la *Nueva gramática de la lengua española* tilda, no sin razón, de «plural expresivo».

Una vez superada la duda de por qué el plural, hay que solucionar la duda de por qué este plural: lo que esperaríamos sería *Madrides*. Pero fíjese usted que también tenemos *madrileño* y no *madrیدهño*. ¿De dónde demonios sale esa *l* y por qué remplace a la *d*? En mi opinión no remplace la *d*, pero para justificar esa opinión vamos a tener que dar un buen rodeo. Empecemos por la formación del plural en español, que es bastante sencilla. Si queremos poner en plural una palabra que acabe en vocal, añadimos *-s*: *casa* ~ *casas*. Si queremos formar el plural de una palabra que acabe en consonante, añadimos *-es*: *camión* ~ *camiones*. Como siempre, hay excepciones: una un poco complicada es que, si la palabra acaba en *-s*, tiene más de una sílaba y no tiene el acento en la última, se queda igual en plural. Ese es el caso de *crisis*, del que ya hemos hablado. Y luego hay casos en los que se admiten *-s* y *-es*, como ocurre con las palabras que acaban en vocal tónica, especialmente si la vocal es *-í* o *-ú*: *esquí*s y *esquí*es, *menús* y *menú*es. Si la vocal es *-á* u *-ó* lo normal es que el plural se haga simplemente con *-s* (y siempre es así si la vocal es *-é*: *bebés*), como en *papás* o *platós*, pero hay excepciones, como *faralaes* o *dominoes*.



(...) El caso de *Madriles*, que parece un plural en *-les*, pero, otra vez... *Madrid* no es una palabra que acabe en vocal tónica, ¿no? Bueno, si antes lo entendíamos todo gracias a la canción publicitaria de los Conguitos, creo que ahora lo podremos entender todo gracias a uno de los chotis más emblemáticos, que transcribo tal y como se pronuncia: *Madrí, Madrí, Madrí, pedazo de [...] donde nací en México se piensa mucho en ti*. Efectivamente, *Madrid* a veces (raras veces, creo yo) se pronuncia con una *-d* final; a veces se pronuncia con una *-z* final (*Madriz*), y otras veces se pronuncia sin consonante final, es decir, acabada en vocal tónica. Y ahí es donde se convierte en la candidata perfecta para uno de nuestros plurales exóticos. ¿Y por qué *-les*, que es el más raro de todos? Bueno, tengo que decir que no tengo una explicación cierta, pero sí una hipótesis.

SOBRE LA AUTORA



Carlota de Benito Moreno es lingüista. Estudió Derecho y Filología Hispánica en la Universidad Autónoma de Madrid, donde se doctoró en esta última disciplina con una tesis sobre verbos reflexivos en las variedades del gallego, el asturiano y el español peninsular. Su familia y amigos se sorprendieron de que el tema diese para una tesis de mil páginas, pero entre sus colegas lingüistas apenas se levantó alguna ceja. Ha tenido la suerte de poder dedicarse al estudio de la lengua; en la Universidad de Zúrich durante más de diez años y ahora en la Universidad Autónoma de Madrid. Lo que le fascina de los idiomas es cómo cambian, ya sea a través del tiempo, del espacio o de los distintos grupos sociales, y lo suele estudiar en dos ámbitos que parecen muy distintos, pero que le dan las mismas satisfacciones: el habla rural española y la lengua escrita en las redes sociales. Su labor

divulgadora comenzó con un blog, llamado *Se me va de la lengua*, hace ya una cantidad incomprensible de años, y en 2022 coeditó con sus compañeras Ana Estrada y Beatriz Martín el libro *Como dicen en mi pueblo. El habla de los pueblos españoles*.

Más que un libro, una experiencia

La autora transforma la percepción de la gramática como un tema árido para presentarnos una herramienta fascinante que nos permite entender cómo pensamos, razonamos y nos comunicamos.

ÍNDICE de contenidos

Prólogo: El sonido remoto y futuro del arpa

A modo de introducción: ¿Para qué sirve la gramática?

Parte I. Cortados por el mismo patrón

1. Solo sepo que no sepo nada
2. En la estación de Barcelona nos esperaba un haiga con chófer
3. Yo solo la miré, me gustó, me pegué, la invité y bailemos
4. Tú contestastes que no
5. Preveyendo, que es gerundio

Parte II. Cada oveja a su olivo

6. Hemos gente para todo
7. Viva la gente
8. Se castigaron a los ladrones
9. Pitbull y la concordancia semántica
10. Problemas de bicefalia
11. Darle mil y una vuelta a la concordancia

Parte III. Los intrínquilis lingüísticos del género y el número

12. La manita de la actoraza
13. Que por mayo era, por mayo...
14. El famoso género no marcado
15. Cambiar la gramática desde arriba
16. Cafelito con leche en los madriles
17. Papanoeles y denadas

Parte IV. Los pronombres: esos locos bajitos

18. Juntos... y revueltos
19. Fusión pronominal

20. Los, sos, vos y otros pronombres del montón

21. Los famosos leísmo, laísmo y loísmo

22. ¿Y yo, dónde me pongo?

Parte V. ¿Ni mucho ni poco? Para comerse el coco

23. Número con nombre propio
24. Cero mil cero cientos cero de ganas
25. Ser muy de acortar palabras
26. Unas mediasnoches medias deliciosas
27. Una poca de gracia

Parte VI. Popurrí gramatical

28. La preposición que no llegó a serlo
29. La Lola se va los puertos, sin Pablo, Pablito, Pablete
30. El queso majorero es el más que me gusta
31. No quiero que más nadie me hable de amor
32. ¡Enderézcalo!
33. Señor Reinaldo, estoy a su atrás

Parte VII. ¡Hay gramática en las palabras!

34. Un ejercicio de escatología lingüística
35. ¿Me sabría dar la hora?
36. Lo que no decimos... se sobreentiende
37. Siguiéndole la pista a un platao de lentejas
38. «Sile, sile, sile, sile, sile, sile, ¡nole!»
39. Siempre en medio, como el... reanálisis

Guía dialectal de España

EL INGENIO DE TEJER PALABRAS

Carlota de Benito Moreno

Geoplaneta, 2025

15 x 23 cm.

320 páginas

Rústica c/ solapas

PVP c/IVA: 19,95 €

A la venta desde el 24 de septiembre de 2025



Para más información a prensa y entrevistas:

Lola Escudero. Directora de Comunicación Geoplaneta/ Lonely Planet

Tel: 619 212 722

lescudero@planeta.es